

FIGURAS BARBADAS EN EL ARTE PRECOLOMBINO

Por Guillermo Grajeda Mena

Hace algún tiempo, contemplando unas máscaras de la danza de La Conquista fabricadas en El Quiché, mejor dicho en Santo Tomás Chichicastenango, por Damián Cabrera R., que representan a don Pedro de Alvarado y compañeros, en las que el conquistador aparece con nariz aguileña y abundantes y bien cultivadas barbas, nos vino la duda del porque nuestros escultores han interpretado tan bien los tipos barbados. ¿Será posible, nos preguntamos, que antiguamente en la iconografía india existieran casos de tipos barbados? Esta duda nos obligó a revisar las pinturas, las esculturas y la cerámica antigua.

Al nomás empezar, en el Museo Nacional de Arqueología y Etnología de Guatemala, vemos aparecer en la cerámica de Kaminal-Juyú, en la fase Las Charcas, en figuras sueltas y en algunas que están aplicadas a la parte tubular de unos incensarios, caras de figuras barbudas. Estas representaciones nos sorprenden por tratarse de piezas que datan del año dos mil al año quinientos antes de Cristo. Seguidamente, en la fase Miraflores: Verbena y Arenal, entre los años quinientos a doscientos, siempre antes de Cristo, en pequeñas esculturas de terracota encontramos también varios barbados. En los años quinientos a ochocientos después de Cristo, en trabajos cerámicos, tenemos en Alta Verapaz otros ejemplos en los que se ha podido identificar al Sol, porque sus figuras barbadas ostentan los dientes incisivos con un corte especial, característico de esa divinidad. Más o menos de esas mismas épocas son algunos trastos que tienen estampadas a molde, figuras barbadas, sentadas una frente a otra, en actitud de dialogar. Estas piezas proceden de Alta Verapaz. Igualmente, en el llamado altar negro de Kaminal-Juyú, vemos una divinidad barbada, entre varias figuras humanas y jeroglíficos. Procedente del Municipio de Villa Nueva existe una escultura tallada en piedra esteatita, que representa a un hombre barbado, sentado sobre un banco. Asimismo, en piedra moscovita hay una figura de un barbudo que carga con un brazo derecho un pequeño jaguar.

Por otra parte, en varias estelas de Quiriguá, igualmente aparecen hombres con barbas; tenemos ejemplo de ello en las estelas F, E y C, con los siguientes registros: setecientos sesenta y uno, setecientos setenta y uno y setecientos setenta y cinco años después de Cristo. En piedras Negras, El Petén, en el año setecientos noventa y cinco, erigieron una estela en la cual figura un prisionero con grandes barbas. De los años quinientos a ochocientos fueron pintados los famosos códices, en los que encontramos figuras barbudas; ahí está Itzamná, el Sol, en el Códice de Dresde, representado repetidas veces, entre otras muchas divinidades. Desde el año quinientos hasta los años inmediatos a la conquista, encontramos obras de barro fino, en forma de pequeños cántaros, con caras de barbudos; a estas piezas se las conoce con el nombre de cerámica plomiza y proceden de nuestra costa sur. Hasta aquí lo que hemos encontrado en lo arqueológico.

Y después de explorar en este campo de investigación y de encontrar la documentación expuesta, nos recordamos de algo más: unos pasajes históricos; primero: nuestras tribus, a la llegada de los conquistadores españoles, estaban influenciadas por los aztecas y habían transformado a Itzamná en Tonatiuh, a quien representaban con rubias barbas. Segundo: los guerreros indígenas al mando de Tecún Umán, desde un principio al ver a Alvarado con barbas rubias, lo identificaron con Tonatiuh; el que alumbró, es decir, el dios solar.

Así es como nos explicamos la presencia de una imagen con barba, tan bien interpretada por nuestros escultores de máscaras.